

Los éxitos teatrales

“La escuela de las princesas”, de Benavente y “Amores y Amoríos” de los hermanos Quintero

Parece que, al fin, el público se ha dado cuenta de lo que vale la compañía que actúa en Solís. Reacción a lo bueno y fácil a lo mediano, el respetable múnstruo, que no tiene nombre de mujer, pero que de mujer tiene el espíritu ligero, veleidoso y casquivano, se ha resistido hasta ahora a reconocer, aplaudir y estimular con su presencia la bondad indiscutible de los elementos que dirige, con talento poco común, el actor Villagómez. Antenoche y anoche — anoche, sobre todo — la sala del primero de nuestros teatros congregó a un auditorio enorme y distinguido. Y anoche y antenoche, el caprichoso público pudo aquilatar, sin esfuerzo alguno, los muchos méritos de la mejor compañía de comedia de habla castellana que en España y fuera de España existe actualmente, y las infinitas bellezas, interpretadas admirablemente, que encierran dos de las joyas más preciadas de la moderna escena española: “La escuela de las Princesas” de Benavente, y “Amores y Amoríos” de los hermanos Quintero. No hay — y esto ya se ha repetido varias veces — en el elenco de la compañía de Solís, ninguna figura de extraordinario relieve que llene con su solo nombre, sonoro como una campana, todo un cartel. Los astros escasean, y sino escasean, no bastan por sí solos para responder a las exigencias, cada día más imperativas, del teatro moderno. Pero hay, en cambio, una homogeneidad tan completa de elementos, una armonía tan admirable en el conjunto y una dirección tan discreta y elegante, que todas las obras que ofrece — las más complicadas de psicología como las más sencillas de arquitectura, — resultan verdaderos modelos de corrección, de colorido y de buen gusto. Así, sin ir más lejos, “La escuela de las Princesas” y “Amores y Amoríos”. En la primera obra, — sátira agudísima de corte, de costumbres de príncipes y gentes de palacio — el público pudo admirar no solamente el donaire, la gracia, el atrevimiento y la magnificencia del más sutil y más fuerte de los comediógrafos contemporáneos, sino también la fastuosidad de las antiguas pastorales de Versailles, reproducidas en trajes y decorado de una manera realmente admirables. Y en la comedia de los hermanos Quintero — una de las más sólidas del teatro de los regocijados autores sevillanos — aquella escena del primer acto, encantador jardín andaluz, y aquel dulce diálogo de la pareja enamorada bajo la caricia enervante de la luna, dan la exacta sensación de un maravilloso paisaje nocturno, envuelto en misterios, y del siempre bello poema que con suspiros, besos, ansias y ensueños

canta eternamente la humanidad al dios Amor... Y todo esto — belleza de pensamiento y belleza de forma, deleite para el espíritu y recreo para los ojos — lo da la compañía Villagómez por mucho menos de la mitad de lo que otras compañías menos completas en conjuntos y menos novedosas en repertorio, han cobrado entre nosotros hasta no hace mucho tiempo: por doce reales el sillón!... Pedir más arte y más respeto a los autores y al público, si eso fuera posible, que no lo es, sería pedir aquí gollerías. Y aquí, más que en ninguna otra parte, porque aquí estamos acostumbrados a pagar en oro de buena ley, sin regateos ni protestas, los mismos precios que se cobran, por ejemplo, en Buenos Aires, en papel nada saneado... De la impresión recogida en los últimos espectáculos dice elocuentemente la satisfacción que en ellos exteriorizó, de manera espontánea, el auditorio. Fué impresión satisfactoria en extremo. “La escuela de las Princesas” — estrenada en Madrid en 1903 — gustó sobremanera al respetable público. Como de Benavente, es obra fina, de sutil trama psicológica, de diálogo agudo y de trascendencia filosófica. “El Amor es cosa sublime y exquisita que debe esperar un digno objeto” — dice el príncipe Alberto, de pensamiento elevado como un platónico y obscuro, muchas veces, comb un hegeliano — y en obsequio del Amor que sabe confiar y esperar, que no se entrega al primero que llame a las puertas trega al primero que llame a las puertas del alma, es que Benavente teje, para que las deshojen los labios del real personaje, las imágenes más hermosas, los atrevimientos más sutiles y las ideas más revolucionarias. — Bella comedia también es, aunque en otro sentido, la de los hermanos Quintero. Tratan de demostrar en ella los autores andaluces, a través de mil escenas variadas, de mil diálogos sabrosísimos, y de una serie de figuras completamente opuestas, las ventajas, sentimentales y prácticas, del verdadero amor sobre los amores fáciles y ligeros. La acción de la obra está bien combinada, los tipos perfilados con mucha maestría y el ambiente fielmente reproducido. Tanto para la producción de Benavente como para la de los Quintero, hubo explosiones de aplausos continuas. Y para sus distinguidos intérpretes ovaciones frecuentes y frecuentes llamadas a la escena. Todo, en fin, lo que constituye el éxito verdadero para autores y para intérpretes: público que los escuche y manos que los aplaudan.